

Pintura y lectura: La herencia centenaria del proyecto cultural de Vasconcelos

Carmina Vivero Domínguez¹, Ricardo Hernández López², Luis Fernando Vivero Domínguez³

Resumen

La investigación muestra los inicios de la alfabetización en un contexto posrevolucionario, donde era notorio que en el terreno de la cultura, la educación y la lectura había desigualdades e injusticias para una sociedad con población mayoritariamente analfabeta y con poca cultura plástica visual. Se presenta también un breve panorama de la gestión de José Vasconcelos al frente de la recién creada Secretaría de Educación Pública (SEP) y su ambiciosa campaña cultural. A partir de esto se realiza un análisis de las similitudes y diferencias entre los lenguajes escrito y pictórico que promovió Vasconcelos hace un siglo y que, a pesar de los avatares, siguen vigentes y, además de mantener su función educativa primigenia, cumplen con otros usos. De esta manera se contribuye con apuntes para la configuración de la historia conjunta de la pintura y la lectura en México y su establecimiento como discurso histórico-identitario-nacionalista textual y visual. Así, estos apuntes suman elementos para los estudios históricos sobre la pintura y la lectura que hacen visibles los sucesos, las rupturas o las continuidades de un proyecto cultural nacional próximo a cumplir sus primeros cien años.

Palabras clave: José Vasconcelos, pintura, lectura, alfabetización.

Summary

The research shows the beginnings of literacy in a post-revolutionary context, where it was evident that in the field of culture, education and reading there were inequalities and injustices for a society with a majority illiterate population and with little visual plastic culture. A brief overview of José Vasconcelos' management at the head of the newly created Ministry of Public Education (SEP) and his ambitious cultural campaign is also presented. From this, an analysis is made of the similarities and differences between the written and pictorial languages that Vasconcelos promoted a century ago and that, despite the vicissitudes, are still in force and, in addition to maintaining their original educational function, they comply with other uses. In this way, it contributes notes for the configuration of the joint history of painting and reading in Mexico and its establishment as a textual and visual historical-identity-nationalist discourse. Thus, these notes add elements for historical studies on painting and reading that make visible the events, ruptures, or continuities of a national cultural project close to its first hundred years.

Key words: José Vasconcelos, painting, reading, literacy.

Introducción

Se sabe que el movimiento encabezado por Emiliano Zapata exigía, según Fell (1989:10) “Tierra y Libertad” y que el Plan de Ayala de 1911 fue la base para los textos de 1915 sobre la reforma agraria. Pero es menos sabido que los zapatistas proponían asimismo un proyecto de sistema educativo abierto a todos y firmemente implantado en el sector rural.” Es decir, se demandaba Tierra, Libertad y Educación.

Ya en un contexto posrevolucionario, tras las adversidades que aquejaban a la sociedad, se pensaría que lo menos necesario era ser instruido y educado, pues existían asuntos mayores por resolver como el hecho de buscar una estabilidad social después de la guerra.

El diagnóstico era muy claro, para 1910 todo cuanto correspondía a los problemas de la cultura, de la educación y de la alfabetización seguían siendo, en mayor o menor medida, desatendidos. Eran notorias las desigualdades e inequidades. Si bien en México prevalecía –y aún prevalece- una injusta distribución de la riqueza, resultaba más lamentable que existiera una exagerada concentración del conocimiento en unas cuantas cabezas.

¹ Vivero Domínguez Carmina.- Doctora en Bibliotecología y Estudios de la Información por la Universidad Nacional Autónoma de México. carmiluna10@hotmail.com (autora corresponsal).

² Hernández López Ricardo.- Doctor en Historia del Arte por el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos (CIDHEM). Adscrito a la Facultad de Turismo y Gastronomía de la UAEMex. riherlo@hotmail.com

³ Vivero Domínguez Luis Fernando.- Lic. en Historia por la Universidad Autónoma del Estado de México. luisfer_5y@hotmail.com

La historia establece que, al menos de manera formal, fue hasta 1920 cuando comenzó a existir una preocupación por parte del gobierno para atender a las personas analfabetas con las que se contaba en el país; además de que no se contabilizaba a todos, sino solamente a quienes tenían la oportunidad de asistir a una escuela y poseer el privilegio de conocer las letras y con ello leer y escribir. Ya lo dice Loyo (1997:246) “fue hasta 1920, ya en un periodo de paz y reconstrucción, cuando la escuela dejó de ser privilegio de los centros urbanos y la labor de alfabetización se extendió por todo el territorio nacional.”

Es así que, “apenas asumido su mandato en 1921, Obregón reinstaló la desaparecida Secretaría de Educación Pública con el rector de la Universidad Nacional, José Vasconcelos (1882-1959), como titular. Con éste se inicia un plan de ‘salvación y regeneración’ de México por medio de la cultura” (Del Conde, 2003:24). La aparición en la escena política de Vasconcelos ha tenido una repercusión significativa para los mexicanos, democratizó el saber al poner al alcance de un numeroso público opciones para un desarrollo cultural. Una nota de aquellos años expresaba lo siguiente: “El cultivo del gusto en México ha dejado de ser un privilegio de la clase ociosa. El sobresaliente programa educativo bajo José Vasconcelos [...] incluye la revitalización de la estética entre un pueblo dotado con un sentido artístico innato” (Tablada, 2000:301). Dicho programa educativo-cultural estaba basado, entre otras acciones, en imágenes y palabras, aterrizadas en un ambicioso proyecto de pintura mural y en una gran difusión de libros clásicos.

Contenido

En aquel momento, tras haber pasado por una situación trágica como lo fue la Revolución de 1910, pensar en un programa de educación parecía totalmente fuera de la realidad, porque la situación de la sociedad estaba supeditada a la sobrevivencia, no había tiempo para otra cosa que no fuera trabajar y trabajar para reconstruirse económicamente. Para comprender cómo se encontraba el país en los inicios del siglo XX basta con leer una conversación que se establece en la novela de Traven (1999):

-¡Qué lástima que yo no sepa leer, Martín! –dice Celso-. Lo más que puedo hacer es mal escribir mi nombre. Tal vez yo pueda enseñarte a ti y a otros muchachos a leer y a escribir. Si tuviéramos tiempo, aunque sea un poquito de tiempo, podríamos aprender muchas cosas útiles, muchas cosas capaces de procurar satisfacción en la vida. Mi camarada Andrés, el boyero, sabe leer y escribir y a menudo me dice que en los libros se leen historias maravillosas que muy pocas gentes saben relatar. Pero los libros sólo tienen vida en manos de quienes saben leer; para los que no sabemos no son más que una serie de hojas pegadas entre sí (p. 164)

En este diálogo de la novela, situado en la época revolucionaria, se ve reflejado el tipo de vida que no iba más allá de sacarle provecho al tiempo durante la jornada laboral y lograr ganar unos centavos para el alimento. Fuera del alcance estaba el aprender a leer, a escribir y con esas herramientas poder acercarse a la cultura o incluso a cuestionar la situación del país.

Ahora, si bien es cierto que en 1921, año de la creación de la Secretaría de Educación Pública (SEP), se diera comienzo a un auge en la lectura, tampoco se puede afirmar que a partir de ahí y en adelante ha sido un proceso continuo. En ese momento, para cumplir con la democratización de la educación y con los principios del artículo tercero Constitucional, era necesaria una acción a nivel nacional, pues no bastaba con sólo declarar la educación laica, gratuita y obligatoria, hacían falta los mecanismos necesarios para implementar un proyecto educativo en un país que recién salía de una guerra civil.

Fue entonces que emergieron las iniciativas y los programas en pro de que la lectura y los libros tuvieran un lugar importante dentro de la agenda del gobierno, como parte medular de que “hablar de la lectura de un pueblo significa hablar de las condiciones en que vive; de su economía, su política, su cultura” (Torres, 1997:295). Y es que con la creación de la SEP se buscó masificar el conocimiento y acercar contenidos culturales a la sociedad, muy a pesar de que, como era de esperarse, sólo una minoría privilegiada, por ser letrados, podían acceder.

Así, una acción importante para dar comienzo al proceso de alfabetización en todo el país se dio durante el gobierno de Álvaro Obregón, cuando nombró como titular de la SEP a José Vasconcelos, el cual, dice Loyo (1997:259) “Puso en práctica sus ideas sobre la educación, entendida ésta como un vehículo de unidad e identidad nacional. Inició una vigorosa lucha contra el analfabetismo. Organizó una gran Campaña Alfabetizadora que, según él, debería de ser similar a una campaña militar en donde todos los ciudadanos deberían ‘salvar’ al país de la ignorancia.”

Cuando Vasconcelos emprende, en 1920, una vasta campaña de alfabetización, son muchos los poblados, desde comunidades indígenas y asociaciones campesinas u obreras, que levantan la mano para ser tomados en cuenta

pidiendo que se les envíe alfabetizadores voluntarios y material escolar de primera necesidad. Es claro el deseo y la aspiración por parte de la sociedad de ser instruidos.

Así fue como se inauguró una cruzada nacional de alfabetización y edición masiva de textos de literatura clásica, ante el reto de abatir el analfabetismo en un México por demás deshecho. A este respecto, Monsiváis (2011:116) opina que “Vasconcelos, persistente, se propone humanizar la Revolución, es decir, hacer que sepa el pueblo de la cultura clásica, disolvente del ‘primitivismo’ (la carga del militarismo y del atraso histórico) y encauzadora de la revolución más profunda, la centrada en el conocimiento civilizado. Por eso, en este plan, además de las escuelas y las Misiones Culturales, se incluye la difusión de los clásicos.”

La estrategia se caracterizó por la edición de títulos que nunca antes se habían editado en el país; sin embargo, difícilmente se terminaría con los índices y condiciones de la población analfabeta a través de la edición de textos clásicos. Por otra parte, la escasa infraestructura de comunicación limitaba la cobertura propuesta por Vasconcelos. Motivos por los cuales se le criticó. Por ejemplo, hay quienes opinan como Fell (1989:490) que “en un país revolucionario se necesitaban más bien manuales escolares y material simple de lectura para acompañar la alfabetización, especialmente sobre temas mexicanos, para los lectores mexicanos, y no libros para una ínfima minoría.”

Es decir, se le reprochó a Vasconcelos el derroche de fondos públicos, la imposición de criterios culturales no populares, una actitud controvertida ante las verdaderas necesidades del pueblo, la publicación de obras de difícil lectura. Aun así, tras esos desacuerdos, la cruzada alfabetizadora logró un fuerte impacto, por los volúmenes y recursos invertidos en una época en que imperaban la pobreza y las limitaciones económicas del Estado. Vasconcelos, a pesar de los obstáculos, con su personalidad audaz logró influir. Él estaba convencido del beneficio que este programa les ofrecía a las masas, es por ello que no aceptaba que le dijeran que los mexicanos no podían leer lo clásico.

Por su parte lo que hizo la SEP fue nombrar a maestros para que actuaran dentro y fuera de las ciudades. Vasconcelos buscaba encontrar en cada uno de ellos a un misionero cultural. Así la campaña llegó a infinidad de pequeños poblados alejados de los centros urbanos. Pero como era de esperarse, si en las ciudades se tuvieron que afrontar grandes dificultades, aún más tuvieron que vencer los alfabetizadores rurales.

Así lo describe Loyo (1997:265) “La Secretaría de Educación envió libros ‘a lomo de mula’ a rincones aislados a donde no llegaba ni siquiera el ferrocarril. No sólo las publicaciones oficiales sino la literatura más en boga, que hasta entonces estaba reservada a una minoría y que sólo se conseguían a un alto precio, estuvieron a disposición del público en las escuelas y las bibliotecas.”

Y aunque la idea era auténtica, las limitaciones por parte de los profesores para enseñar a leer fueron muchas: no contaban con un lugar establecido, ni material didáctico; de ahí que enseñaban donde podían, ya fuera en sus casas, en los patios, plazas públicas, carpas improvisadas, escuelas. Se les pedía a los que enseñaban que no esperaran a tener aulas o que el alumno viniera directamente a ellos, sino que era necesario salir en la búsqueda de analfabetas y usar el material que se tuviera a la mano.

Si bien es cierto que existía ayuda filantrópica, los voluntarios también se veían envueltos en la desesperación, ya que era innegable, por ejemplo, la carencia de material, sobre todo de gises y pizarrones, lo cual de alguna manera multiplicaba los obstáculos.

Y es que era de esperarse, a pesar de la inquietud por aprender a leer y de los maestros por enseñar, que las condiciones económicas no estaban como para ir a la escuela dejando de lado la jornada laboral, pues las necesidades básicas no lo permitían.

No obstante, para lograr su propósito de involucrar a la mayor cantidad de gente en la campaña, Vasconcelos utilizó todos los recursos a su alcance, por ejemplo, viajó por varios estados de la República para motivar a todos a participar en esta gran obra y tocó el lado emocional de la población para garantizar el éxito. Se adelantó a la estructura legal e institucional extendiendo la campaña de alfabetización a todo el país, convencido de que esto evidenciaría las bondades de una acción educativa de alcance nacional. Hizo de todo hasta lograr que el aparato estatal, desde el presidente de la República hasta los presidentes municipales, se pronunciaran a favor de una federalización de la educación en México.

Es por eso que, después de la Revolución no fue sino hasta la aparición de Vasconcelos en la escena pública que se empezó a estar muy cerca de formar una verdadera filosofía educativa lógicamente concatenada.

Se sabe que Vasconcelos era un hombre visionario que tenía en mente un plan más amplio que el de una simple campaña de alfabetización; era todo un proyecto de cultura popular en que la enseñanza de las letras era sólo el paso inicial, porque después de enseñar a leer al pueblo era necesario proporcionarle lecturas.

De la mano con la alfabetización, también tenía en mente el programa de muralismo, que además de cumplir con un papel social en la época posrevolucionaria, “el otro papel que debía cumplir era educativo: transmitir información acerca de la herencia precolombina (en los años veinte, este concepto era nuevo y revolucionario); enseñar la historia de México desde la Conquista hasta la Independencia; y abordar problemas nacionales e internacionales

dese la Reforma hasta la época contemporánea” (Goldman, 2008:161). A este respecto, además de educar, otra de las tareas fundamentales del muralismo, “fue ‘la captura artística de lo genuino mexicano’ y eso implica un sistema de recompensas psicológicas para quienes han nacido en el atraso. Con un agregado: se impuso como necesidad ‘la tarea de reducir a términos entendibles (o sea manipulables) el sentido de la Revolución” (Monsiváis en Del Conde, 2008: 37).

Además, el movimiento muralista se constituyó también en el espíritu del proyecto educativo del país. Y para lograr irradiar el aura visual, histórica y nacionalista, se ofrecieron a los artistas los muros tanto de edificios emblemáticos como de modestos centros educativos al interior del país: Palacio Nacional, el edificio de la SEP, Escuela Preparatoria en el Colegio de San Ildefonso. Y se pintaron “pirámides, alegorías de la vida cotidiana antigua, efigies del dios Tláloc, serpientes emplumadas, caballeros tigre, mujeres con perfil maya [...] el suplicio de Cuauhtémoc” (Del Conde, 2003: 39).

De esta manera, lo visual se constituye en un discurso plástico que promueve los acontecimientos pasados como base de una conciencia nacionalista, la pintura enseña, educa, transmite valores, pero también festeja la naciente identidad y su contenido aglutina, como lo menciona Del Conde (2003:47): la revalorización de todo tipo de paisaje y de la arqueología; la transposición de usos, costumbres, ritos, fiestas; la presencia de lo cotidiano, lo cual muestra personajes, atuendos, utensilios; y, no podían faltar, las naturalezas muertas o la representación de interiores cuyos visos remiten a una atmósfera de identidad nacional.

Así, el muralismo exalta a los héroes, reivindica a los oprimidos, critica a los dirigentes, muestra, mediante el color, la línea y la composición, un retrato del indígena pasado y presente, que sufre, que tiene carencias, pero que emerge victorioso sustentado por su orgullo de mexicano.

Vasconcelos invita a los pintores y les respeta su creatividad, sus ideas y sus técnicas, el proyecto educador así lo amerita. Y ahí se tiene a Rivera, con su sus murales repletos de figuras que invitan a recorrer cada parte de la obra, donde se enaltece la figura indígena, niños asistiendo a la escuela, como una visión plástica del deber ser; hombres a caballo con sus carrilleras, mostrando con orgullo las armas, afilando machetes, recordando al espectador el pasado revolucionario. Orozco, quien además de mostrar también su visión campesina, le agrega una severa crítica a personas, instituciones y clases, y emplea la caricatura como base de su postura contestataria y pinta señoras encopetadas, religiosos bien comidos, pobres orgullosos cavando su propia tumba. Siqueiros, con sus innovaciones aparejadas a los ideales, figuras impactantes que monopolizan el espacio, experimentos plásticos con perspectivas atrevidas que involucran al espectador, escorzos que violentan las escenas, de por sí dramáticas.

Estos tres muralistas dan origen a la llamada -y discutida- Escuela mexicana, cuyas características principales son dos: su carácter público y su innegable función social. De esta manera el proyecto Vasconcelista llega a un público amplio, que aparentemente comprende o se identifica con lo plasmado en los muros de edificios, en las escaleras, en los mercados, teatros, hospitales o edificios municipales, en donde además de sucesos históricos, se pintaron también los contemporáneos en sus diversas aristas: sociales, culturales, políticas, religiosas, económicas. Había, por tanto, discursos ideológicos y lectores no de escritos, sino de imágenes.

Ante estas dos actividades que formaron parte del proyecto cultural llevado a cabo bajo la tutela de Vasconcelos, algunas de las diferencias notorias, es decir entre el legado de la pintura y de la lectura, sobresale que:

Ambos discursos -visual y escrito- son hijos del movimiento Revolucionario, con su carga ideológica, rebelde, pero también esperanzadora. Hay estética, pero también ideología. A este respecto, Paz (1987:18) opina que “Hay en la pintura mural mexicana una suerte de desgarramiento entre sus ambiciones estéticas y sus ambiciones ideológicas. Pero para entender este desgarramiento hay que tener en cuenta las circunstancias históricas y sociales que hicieron posible el nacimiento de este movimiento artístico al comenzar la década de los veinte. Sin la Revolución Mexicana la pintura mural no habría existido –o habría sido muy distinta.”

En cuanto a la pintura destacan muy pocos artistas, es decir, ha quedado la herencia de los tres grandes: Rivera, Siqueiros y Orozco, quienes concentraron los grandes proyectos, hechos con objetivos claros. En cuanto a la lectura, no queda claro si hubo una campaña de captación de escritores o narradores, a quienes se les pedía escribir sobre ciertos temas.

Otro punto a considerar es que, en la pintura a pesar de que gobierno les pagaba a los artistas (principalmente a los llamados tres grandes), asumieron una postura contestataria, y tuvieron libertad creadora, es decir, no hubo censura. En lo referente a la creación literaria, pocos son los autores que se atrevieron a criticar y cuestionar la realidad, por temor a las represalias.

Además, para el caso del analfabetismo visual se le proporcionan al pueblo pinturas comprensibles, realistas, con mensajes digeribles “dado que los muralistas emprendieron en los años veinte la tarea de abordar a un público masivo y mayoritariamente analfabeto, eligieron un estilo realista (con frecuencia narrativo) que serviría, como durante el Renacimiento, como ‘libro iluminado’ y aceptaron contratos para pintar murales en edificios públicos: oficinas gubernamentales, mercados, escuelas y demás.” (Goldman, 2008:161), mientras que por el otro lado, las lecturas de

los denominados “clásicos” son complejas, no llegaban a todos los públicos ni a las escasas bibliotecas y, por el gran porcentaje de analfabetas, eran poco leídos.

Además, los murales fueron destinados, en su mayoría, a la sociedad urbana, principalmente a los habitantes de la ciudad de México, mientras que los libros se destinaron a comunidades rurales.

Sin embargo, queda claro que ambos lenguajes buscaron una identidad nacional, una unión, una democracia cultural. Las dos actividades le acarrearón severas críticas, sobre todo por sus opositores, particularmente la entrega de libros entendidos como cultos a una masa de analfabetas.

Conclusiones

Se puede afirmar que, con respecto a Vasconcelos, aunque parezca que fue poca su aparición, es quien pudo asociar de modo directo pensamiento y acción, siendo el protagonista al dotar al país de un sistema educativo y un marco cultural. Al respecto, Fell (1989:14) opina que “Vasconcelos se cuenta entre los primeros que, en Latinoamérica, luchan y actúan para instaurar una cultura a la vez nacional, continental y popular.”

Hoy en día, desafortunadamente, las reformas educativas y con ello los programas para alfabetizar a quienes en su momento carecieron del derecho a ser letrados se emprenden sin diagnóstico alguno y sin la evaluación adecuada ante la prisa de aplicarla en el término de un periodo sexenal, lo que le resta la solidez de la importancia que amerita, dejando, quizá, en el abandono excelentes proyectos de grupos de trabajo eficientes y calificados por otros improvisados que vuelven a partir de cero.

Es a la vuelta del tiempo cuando la historia permite proyectar los sucesos y poder evaluar los esfuerzos realizados en cualquier ámbito. En este caso, se puede decir que ojalá hubieran sido más personas las que sumaran esfuerzos, quizá se tuvieran otros resultados. Por eso es necesario apuntar que hoy se necesitan urgentemente propuestas, acciones y, por supuesto, líderes que fomenten proyectos culturales en este siglo XXI. A cien años del proyecto cultural de Vasconcelos, es decir de la alfabetización a través de la pintura y la lectura ¿cuáles han sido los alcances en esta materia?

Ya lo dice Monsiváis (2011:121) “Entre 1921 y 1924 Vasconcelos convoca, anima, polemiza, lucha por el presupuesto que el gobierno no autoriza, cree posible hacer a un lado la inercia de siglos, dice su verdad con estruendo, instruye todo el tiempo, lleva su avidez didáctica a cualquier tema.”

De alguna manera este ímpetu emprendedor fue parteaguas para que de ahí en adelante los siguientes Secretarios de Educación Pública comenzaran a privilegiar la cultura tanto como un elemento del desarrollo nacional. Y en consecuencia se le fuera dando importancia desde las agendas políticas.

Es evidente que el siglo XX se inaugura con nobles esfuerzos por educar a toda la población, tanto de manera escrita, a través de la alfabetización, como de manera visual, a través de la pintura. Pero precisamente estos proyectos con gran alcance no deben tener fecha de caducidad, deben ser, en el mejor de los casos, ajustados a las nuevas necesidades pero siempre buscando dar resultados.

Bibliografía

Del Conde, Teresa (2003). *Una visita guiada. Breve historia del arte contemporáneo de México*. México. Plaza Janés.

Fell, Claude (1989). *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925)*. México. UNAM.

Goldman, Shifra M. (2008). *Perspectivas artísticas del Continente Americano. Arte y cambio social en América Latina y Estados Unidos en el siglo XX*. México. UACM/CENIDIAP/INBA/CNA.

Loyo, Enrique (1997). “La lectura en México 1920-1940”. En *Historia de la lectura en México*. México. Colmex, Centro de Estudios Históricos.

Monsiváis, Carlos (2011). *La cultura mexicana en el siglo XX*. México. El Colegio de México.

Tablada, José Juan (2000). *Arte y artistas. Obras Completas, VI*. México, UNAM.

Zaid, Gabriel (2013). *Dinero para la cultura*. México. DEBATE.